

EL NOTICIERO DE MULA

SEMANARIO DE INTERESES AGRÍCOLAS, LITERATURA NOTICIAS Y ANUNCIOS.



Año IV.

7 de Agosto de 1892

Núm. 173



SUSCRIPCION.

En Mula, 50 ctmos. al mes.—Fuera, 2 pesetas trimestre.—Pago anticipado.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

OLMEDO, 4.

ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion de este periódico.—La correspondencia al director

DESPUES DE LA BATALLA. (1)

El Hada del exterminio, la sangrienta deidad de la sangre y el horror, llegó á mi y dijo: sígueme.

Dominado por aquella mirada de siniestros fulgores, por aquel ademán imponente y aquel gesto horrible, incliné la cabeza y me dispuse á seguirla.

Me tendió la mano y... salimos.

La noche era obscura como el alma de un condenado, fría como la desesperación; pavorosa como el remordimiento.

Caminábamos por terreno pedregoso y áspero, y el sonido de nuestros pasos se asemejaba al choque de los esqueletos en una danza fúnebre.

La marcha era rápida y fatigosa; el camino molesto, la noche horrible.

Atravesábamos valles y montañas, que pasando rápidamente ante nosotros, parecían cuadros disolventes, que se transformaban, sin que pudiera comprender el cómo y la razón de aquellas rápidas transformaciones, que cada vez eran más tristes, más siniestras, más aterradoras.

—Ya nos acercamos á mis dominios,—murmuró mi guía, oprimiendo mi mano, y comunicando á todo mi ser el frío glacial de la muerte.

Empezaron á llegar á mis oídos ruidos lúgubres y extraños.

Gemidos de muerte, gritos de agonía, plegarias elevadas al Señor de cielo y tierra, maldiciones, protestas, blasfemias; todo revuelto, confundido, y formando una espantosa algarabía, que helaba la sangre en las venas.

Sentí á mi lado una carcajada histérica, estridente, aterradora.

Era mi guía, que con las facciones descompuestas por una risa satánica, reía, y estaba agitada por una convulsión que la hacía estremecer.

La obscuridad era grande, pero el azulado fulgor de sus ojos cóncavos, me hacía ver y detallar aquella espantosa fisonomía.

Avanzamos más y más, y pronto nos encontramos en el campo del esterminio.

Montones informes de muertos, agrupados como haces de leña; restos humanos, aun palpitantes, separados del tronco; charcos de sangre, cráneos deshechos, miembros destrozados.

Cerré los ojos ante aquel horrible espectáculo.

Cimina, camina,—repetía la implacable hada, arrastrándome en su vertiginosa carrera.

Llegamos á una casa medio destruida por los proyectiles.

(1) Inspirado en un artículo de Camilo Flammarion, titulado «La bestia humana».

A través de las rendijas de la puerta, casi destrozada por la metralla, se veía un débil resplandor, y se escuchaban llantos y gemidos de muerte.

Mi guía empujó la puerta, y entramos.

El cuadro que se presentó á mi vista me hizo estremecer.

Sobre un miserable monton de paja había un soldado herido.

Pálido, desencajado, y con la respiración fatigosa, tenía abierto el uniforme, mostrando en el pecho una ancha herida.

Una anciana, pobremente vestida, casi harapienta, daba de beber al infeliz soldado, en un miserable y roto cacharro.

De los ojos de la infeliz mujer brotaba abundante llanto, y en la expresión de sus descarnadas facciones se leía un dolor agudo y una desesperación sombría.

—¡Hijo, hijo de mi alma!—murmuraba de cuando en cuando la pobre anciana, estrechando entre sus brazos al herido.

Este, con la voz apagada por la aproximación de la muerte, devolvía aquellas tiernas caricias oprimiendo la mano de su madre y depositando besos halados sobre su frente.

Huimos de aquí, dije al hada, que me miraba y sonreía de un modo que hacía daño.

Abandonamos aquel lugar de muerte, y volvimos á caminar entre las sombras.

Al descender de una colina, otro siniestro espectáculo hirió nuestra vista y detuvo nuestros pasos.

Dos heridos, estrechamente abrazados, rezaban á media voz, interrumpiendo de cuando en cuando sus oraciones para lanzar agudos gritos y retorcerse en terribles convulsiones.

El uno imploraba misericordia á la madre del Redentor y llamaba á sus hijos; el otro pedía auxilio á Dios y pronunciaba el nombre de la mujer amada.

Quise hacer algo por aquellos dos desgraciados, pero mi guía me arrastró á otro sitio.

Era un gran espacio, protegido por árboles, é iluminado por el indeciso resplandor de una inmensa hoguera.

Ayes, gritos, oraciones y blasfemias, se confundían en un estruendoso zumbido.

En un lado, un desdichado, abandonado á su mísera suerte, rugía como un energúmeno, llamando á grandes voces la muerte; en otro, una mujer, tan bella como desesperada, restañaba la sangre de un moribundo; más allá y sentado sobre algunas ramas, un infeliz soldado, con las piernas destrozadas, besaba con verdadera avaricia, y repartía besos con perfecta equidad, entre dos niños.

A su lado había una mujer desmayada. Sentí un grito agudo, y volví la cabeza.

Era un desdichado á quien dos médicos amputaban un brazo.

Tiré con fuerza de la mano que me tenía aprisionado, y logré que mi guía me apartase de aquel lugar de pena y desolación.

Diez minutos después, llegábamos á una población, acordonada por centinelas, patrullas y escuchas.

El vecindario, sin duda poseído del espanto, apenas daba señales de vida, y el silencio que allí reinaba, solo se interrumpía á intervalos por las voces de alerta ó por el monótono pisar de los caballos marchando al paso.

Llegamos á la puerta de un lujoso palacio, rodeado de guardias; profusamente iluminado, y en el cual se veía el lujo, el esplendor y la magnificencia.

Ahora verás mucho que te alegrará la vista, me dijo el hada, sonriendo de una manera especial.

Subimos una ancha escalera, tapizada por alfombras, y penetramos en un suntuoso salón.

Allí había varios hombres; uno de ellos dominando á todos, y llevando una corona sobre sus sienes; los otros, luciendo vistosos uniformes é inclinándose respetuosamente ante el primero.

Hablaban del pasado combate, y en todos los ojos palpitaba el Dios de la venganza, envuelto en perpuras de sangre é iluminado por relámpagos de ira.

Eran los vencidos, que solo pensaban en la próxima revancha, en el inmediato desquite.

Y se combinaban nuevos ataques, pléticos de sorpresas, acechanzas y emboscadas.

Y se hablaba con la mayor tranquilidad de destruir campos, de asolar villas y derramar más sangre.

El hada me sacó de aquel lugar repugnante, é impelido por su vigorosa mano, me vi muy pronto en otra población, tan bella, tan deslumbrante y tan custodiada como la otra.

Otro palacio, como el anterior, se presentó á nuestra vista, y también entramos en él.

Nuevos hombres, también con vistosos uniformes, había allí, y allí también uno que los dominaba á todos; pero aquel no llevaba corona; era un presidente de república; un soberano con sombrero de copa.

Aquellos eran los vencedores.

Y la más satánica de las alegrías, la alegría de la codicia satisfecha, brillaba en todas las miradas.

—Bendigamos al Dios de las victorias! Decía el presidente, cuando entrábamos en el salón.

—Si, si; repetían los otros; bendigamos al Dios de las victorias y preparemos el triunfo de mañana.